

y trabajo, vale mas que el que se enriquece por el robo, la intriga y la adulacion.

Un general en jefe de un ejército, que acompañado de su estado mayor y lleno de condecoraciones pasaba por cierta aldea, convidó á comer á dos ancianos esposos, German y Berta, y se sentó á la mesa en medio de ellos. Concluida la comida, dijo el general : Hoy soy vuestro jefe ; pero habéis de saber que empecé mi carrera por los grados mas ínfimos ; hasta la edad de veinte años cultivé la tierra, despues me cupo la suerte de soldado, pasé á la América, presté servicios al Estado, ascendí, y hoy vuelvo á mi patria... Estos respetables ancianos son mis padres... Atónitos quedaron todos y mucho mas los aldeanos que contaban á su hijo por muerto ya hacia muchos años... abrazáronse todos estrechamente, y lo que mas entusiasmaba al veterano era el deber sus adelantamientos al valor, á la aplicacion, á la actividad.

Ahora, Armando, continuó Palemon, creo no dudarás cuáles son tus deberes religiosos y sociales. — Padre mio, espero vuestras órdenes. — ¿Mis órdenes?... Pues bien ; mañana... Aquí fueron interrumpidos por la llegada de Julian y de su padre. Armando al ver á aquel se puso encendido, pero levantándose repentinamente, ambos contendientes se abrazaron con efusion. El hijo de Palemon pidió á Julian le perdonase. — Ya está expiada tu falta, respondió este ; si el bofeton que enfurecido me diste pudo manchar mi mejilla, el beso de la amistad basta para borrarle.

Aprovechaos de esta leccion, hijos míos ; huid de herir en lo mas mínimo la susceptibilidad de nuestros prójimos, y si llegáis alguna vez á ofenderlos ó recibir algun agravio, preferid pedirles perdon ó perdonarlos, al triste recurso de exponer vuestra vida ó de privar á una honrada familia de un padre, un hijo ó un hermano, en quien quizá se hallen cifradas todas sus esperanzas.

TARDE X

EL AGRADECIMIENTO

Por rico, por agraciado,
Por entendido que seas,
Ó encumbrado que te veas,
Siempre habrás necesitado,
La mano que te ha guiado,
Colocado, enriquecido,
Ó qu'zas te ha contenido,
Besa humilde y con llaneza ;
Que es prueba de gran nobleza
Ser el hombre agradecido.

La mañana de este dia estaban los niños reunidos en la sala ; Palemon, á quien creian distante de la casa, se hallaba en el gabinete inmediato. Discurrían aquellos sobre la variedad de historietas que en los dias anteriores habian oido, y de ellas deducían que el corazon humano abundaba en sentimientos de nobleza, de beneficencia, de humanidad ; de que eran excelentes ejemplos Gerardo, Aubri, el conde Dorimon, y otros muchos ; pues si bien Dulis y el jóven Derfort se habian separado del camino de la rectitud y de la prudencia, habia sido vencidos por afectos, pasiones y malos ejemplos, no por perversidad ni depravacion ; y de aqui deducían que cuando la edad los pusiese en estado de presentarse en el gran mundo, debían hacerlo confiados en la natural bondad de sus semejantes.

Mucho se alegró el anciano de oír esta conversacion, pues en ella se persuadió que si continuaba presentando á sus hijos modelos de virtud dignos de imitacion, quizas engendraria en ellos una ciega confianza para con la generalidad de las gentes, que pudiera acarrearles serios disgustos ; y esto le decidió á cambiar algun tanto de método en sus lecciones prácticas.

En la misma tarde envió á Armando con una carta para un vecino suyo : tenia que atravesar el bosque para llegar á la alquería de aquel ; cumplió su mandado, y al volver por la espesura ve en el suelo un rollo de papel atado con tres cintas, una encarnada, otra azul y otra blanca. Lo coge, era bastante pesado : sin duda se le ha extraviado á algun pasajero ; por otra parte el camino es poco transitado... Duda si abrirá el envoltorio para ver lo que contiene... pero al fin resuelve llevarlo á su padre tal cual se halla.

En efecto, vuelve á casa cuando ya sus hermanos, juntamente con el jefe de la familia, se hallaban sentados bajo el emparrado : da cuenta de haber desempeñado su comision, y en seguida entrega su hallazgo, añadiendo, que por mas que ha mirado no ha visto por aquellas inmediaciones la persona á quien podia pertenecer. Palemon aparenta sorprenderse, aplaude la conducta de Armando, desata el paquete, y en la primera cubierta halla un letrado que decia : *Conservad estas tres cintas, pues vendrán á reclamarlas.* Rompe la segunda cubierta, y debajo encuentra con general sorpresa *dos mil reales* en buenas monedas de oro, y juntamente con ellos un papelito que decia : *Esta suma está destinada á la impresion de este cuaderno, sumamente útil á la posteridad.* Juntamente habia un cuadernito, y con él un papel que decia : *El autor de este manuscrito estará, mañana á las once, en el mismo lugar donde habéis hallado este.*

Todos estos misterios excitaron en el ánimo de los jóvenes la mas viva curiosidad ; llenos de admiracion, ruegan á su padre, que aparentaba tomar parte en ella, les lea la singular historia, y efectivamente el anciano lee lo que sigue :

HISTORIA DE LOS TRES PEREGRINOS

CAPÍTULO

El testamento singular.

Pedro Deviñes era hijo de padres poco acomodados, pero por medio de su trabajo y aplicacion logró reunir una fortuna tal, que pocas la podian igualar en la comarca. Habia llegado á la ancianidad, y era feliz : tenia tres hijos, llamados Ricardo, Humberto y Graciano, á quienes habia educado con esmero, los cuales le ayudaban en su trabajo sin codiciar las cuantiosas riquezas que pasaban por sus manos y de que disfrutaban moderadamente. Llególe al anciano Pedro la hora de la muerte, y teniendo junto al lecho mortuorio á los hijos, les dice : « Hijos míos, vais á cerrarme los ojos : las inmensas riquezas que poseo y van á ser vuestras, me han costado mucho trabajo el adquirirlas ; vosotros trabajaréis lo mismo para heredarlas. He entregado mi testamento á vuestro tío Tomas ; juradme que cumpliréis todo cuanto en él os mando. » Así lo juraron los tres jóvenes, derramando un torrente de lágrimas ; el anciano les dió su bendicion y espiró.

Se hicieron al buen Pedro los últimos honores, y sus hijos, dando una breve tregua al dolor, rogaron á su tío les leyese el misterioso testamento, el cual decia :

« Antes de declarar á mis hijos mi última voluntad, debo contarles mi historia, la cual nunca han sabido, y no les será enfadosa. Soy hijo de un artesano ; entregado al estudio de las artes desde mi mas tierna edad, no habria sin duda hecho tan brillante fortuna sin el auxilio de tres personas, cuyos principios, costumbres y virtudes son muy raras en el siglo en que estamos. Un filósofo, á quien las desgracias que no habia merecido le redujeron á la miseria mas horrorosa, se hizo mi amigo, y se tomó el trabajo de cultivar mi entendimiento, enseñándome la moral y la filosofía. Perdí á este hombre apreciable ; y un bienhechor de nueva especie reparó la pérdida que acababa de experimentar : este fué un rico desinteresado que me llenó de beneficios por espacio de seis años, sin verme, y aun sin querer que supiese su nombre. Nada estrecha mas á los artistas, me escribia muchas veces, nada contiene su vuelo y honrosa emulacion, tanto como la necesidad de

trabajar para vivir : vivid, amigo Deviñes : no trabajéis sino para vuestra gloria y para perfeccionaros. Juntamente con estas cartas me enviaba sumas considerables de dinero. En fin, murió tambien este generoso desconocido : entónces supe su nombre y que me dejaba un legado considerable en su testamento.

» Ahora vais á conocer la tercera persona que ha contribuido á mi felicidad. En un viaje que hice, la imprudencia de un guardabosque casi me costó la vida : recibí un escopetazo, y quedé tan desfigurado que era imposible conocerme en mis facciones cotejándolas con las que anteriormente tenia. Un desconocido me hizo trasportar desde el camino á su casa : su hija era hermosa y sensible : ocurrióme fingirme pobre, á fin de ver si esta jóven podría amar á un feo y sin dinero. Hice brillar á sus ojos el poco talento que tenia, y me fué útil. Justina, que despues fué vuestra madre, se casó conmigo; y quedó atónita cuando al tiempo del contrato conoció los grandes bienes de que era poseedor, y que la habia engañado agradablemente; ella tambien era muy rica; otras herencias aumentaron una fortuna, que ya era tan considerable; y con esto, hijos míos, queda mi historia concluida.

» Despues de haber hecho mil reflexiones sobre la casualidad dichosa y rara que me habia llenado de felicidades por medio de tres individuos, que si de propósito los hubiese buscado, jamas los hallara, formé el proyecto de recompensar con una parte de los bienes que he recibido de aquellas tres personas, á otras tres de iguales circunstancias, y he contado con mis hijos para que desempeñen la deuda de su padre : en consecuencia de esto, deberán ejecutar lo siguiente : luego que se acabare de leer mi testamento, los tres se disfrazarán, y dejando los bienes en poder de su tío, á quien nombro por mi ejecutor testamentario, correrán el mundo hasta que hayan hallado un artista infeliz que no lo sea por su culpa, un poderoso que sea benéfico sin ostentacion ni interes, sino por el puro placer de hacer bien, y en fin, una mujer que se decida mas por lo moral que por lo físico y por la riqueza. Cuando mis hijos hayan encontrado estos tres entes tan singulares, los conducirán á su tío, el cual repartirá entre ellos la mitad de mi herencia; pues con el resto de ella todavia pueden mis hijos vivir en la abundancia.

» Huberto, que tiene bastante penetracion, es observador, y se sabe insinuar, buscará al infeliz : Ricardo, cuya ternura y bondad son capaces de conmover los corazones mas duros, buscará al rico; y Graciano, el mas jóven de los tres, suspirará á los piés de las

damas hasta que encuentre la desinteresada. Esta es mi voluntad. Un padre, aun en el sepulcro tiene derechos sobre sus hijos : los míos graduarán acaso mi testamento de extravagante, y aun de necio : poco me importa su opinion y la del público, si mi proyecto resulta en beneficio de las costumbres y de la moral, porque para instruccion de los hombres escribirán mis hijos un diario de su viaje, y lo harán imprimir : esta es mi última voluntad.

— *Pedro Deviñes.* »

CAPÍTULO II

El interes es la piedra de toque del corazon humano

Extravagante en extremo pareció á los tres hermanos el testamento de su padre; pero no por eso vacilaron un momento en ponerle en ejecucion, buscando los tres sugetos recomendados, para lo cual se disfrazaron, tomaron el dinero necesario y partieron por diferentes caminos.

Sigamos ahora nosotros al sensible Ricardo, el cual habia tomado unos vestidos muy sencillos que anunciaban la indigencia. Llevaba una alforja al hombro, y para caminar se apoyaba sobre un grueso y nudoso baston. Quería ir á Paris y caminó todo el dia sin hallar otra cosa que granjas y labradores. Á la tarde se halló en una llanura de bastante extension, y temió que la noche le sorprendiese en ella. Un soberbio castillo dominaba todo el llano á la derecha; las ventanas abiertas permitian el registro de varias estancias adornadas de ricas colgaduras, grandes espejos, y mesas de mármol, sobre las cuales, en candeleros de oro, ardian ya mil luces, aunque no habia anochecido : la agradable armonía de un dulcísimo concierto, el movimiento de las gentes, todo le indicaba á Ricardo que se daba alguna gran funcion en este magnífico castillo. Suspenso estaba contemplando lo que veia, cuando le empujaron fuertemente : volvióse, y vió un hombre vestido decentemente y con un libro en la mano, el cual le pidió perdones. No os habia visto, le dijo, por venir embelesado en la lectura; ¿ os he lastimado acaso? — No, señor, no por cierto; pero pues la casualidad me proporciona el hablaros, os suplico me digáis de quién es este castillo. — De un rico que se llama Dormont; ¿ le conocéis? — No, señor : parece que hay alguna diversion. — No me habléis de eso; yo soy el mismo Dormont, mio es ese castillo, y nunca me hallo bien en él sino cuando estoy solo : huyo de su recinto cuando los bailes y diversiones me recuerdan la vida tu-

multitudo de las ciudades, que detesto. — Perdonad mi curiosidad, ¿no dais vos la funcion? — No, á fe mia; mi mujer es la que celebra el dia de mi nacimiento. Ha convidado una multitud de gentes que hacen un estruendo infernal: yo he tomado un libro para leer y meditar, porque este es mi único placer, y no el gastar en una noche lo que haria felices á veinte familias pobres. — Eso es tener un corazon muy humano y generoso. — No hay mérito en ello: mas quiero extender la mano al desgraciado, que contribuir al lujo.

Hé aqui un hombre, dijo para sí Ricardo, que se asemeja algun tanto al que yo busco. ¿Cómo haré para ganar su confianza y asegurarme de si es el que necesito? Dormont se despedia de Ricardo para continuar su solitario paseo; pero este, deteniéndole, le suplicó que le dijese si habia cerca algun pueblo donde pudiera pasar la noche. — ¿No sois de este país? — No, señor; voy á Paris á implorar el auxilio de las gentes caritativas. — ¿Cómo? — La muerte de un padre que amaba me ha privado de todo recurso. — Parecéis bien nacido: no os faltarán auxilios; ¿sabéis algun oficio? — Sé lo bastante para desempeñar el empleo de secretario ú otro semejante. — Quisiera poder proporcionaros uno; quedad con Dios. — ¿No podéis indicarme algun albergue? — Eso es imposible: yo os podria recibir en mi casa; pero ahora ¡hay tanta gente! á Dios. — Esperad: como hace un momento que os manifestasteis tan inclinado á favorecer... — ¿Qué quiere decir eso? ¿por ventura me... pedís limosna á semejante hora? — Me llena de rubor vuestra odiosa sospecha. Pretendo solo excitar vuestra sensibilidad, no vuestra compasion. — Ya veo que tenéis mucho discernimiento; me equivoqué; perdonad mi recelo. Venid, venid conmigo.

Dormont llevó consigo á Ricardo, entró en el castillo, y dijo al conserje: Haced que este hombre cene con vos, y que se acueste en el cuarto inmediato al vuestro: luego dirigiéndose á Ricardo, le dice: No puedo veros en toda la noche, porque tengo mucho á que atender; pero mañana no os iréis sin hablarme: entre tanto paseaos en el parque y disfrutaréis los placeres que en él se preparan; veréis unos fuegos artificiales, que dicen son maravillosos; porque no hay locura en que no incurra mi mujer.

Retiróse Dormont, y Ricardo pasó la noche notando la disipacion á que todos se entregaban, la rareza de los personajes que componian aquella sociedad, y esperando la visita de Dormont con la mayor impaciencia.

Llegó el momento tan deseado: Dormont envió á llamar á Ricardo: pasó este á la rica estancia en que aquel se hallaba, el cual desde luego le obligó á que le tratase con franqueza; despues le preguntó su nombre, el estado de su padre, su conducta, etc., etc. Ricardo contestó á todo como mejor le pareció, pero con cierto aire de franqueza, de lo que Dormont quedó muy satisfecho. Amigo mio, le dijo en seguida, he pensado en vos, y creo que me convenís: quiero favoreceros; pero exijo de vos mucho secreto y grande condescendencia. Madama Dormont, mi esposa, es vieja, fea y mala: no la puedo tolerar; y si no mediasen los hijos, hace mucho tiempo que me hubiera separado de ella. Para consolarme de estos disgustos, he puesto, pero inocentemente, todo mi corazon en una jóven amable. Hace poco tiempo que mi mujer lo sabe, y se ha arrebatado á tales extremos, que tienen comprometida mi reputacion: en este supuesto, ved si os conviene lo que voy á proponeros: sois mozo y de nadie dependéis; yo os casaré con mi amada Constanza, y me encargo... — No prosigáis, le dijo Ricardo furioso. El desprecio y la cólera se pintaron en las miradas que dirigió á Dormont, y solo el estar en su casa moderó su resentimiento, contentándose con decirle: ¿Es eso todo lo que queréis hacer por mí? — Sí; y me parece que el partido que os propongo no debe rehusarlo un hombre miserable. — Pobre soy, es verdad, pero no sin delicadeza. — ¡Oh! si sois delicado, esa es cosa muy diferente; ¡ tanta delicadeza!... — La tengo, y vuestra proposicion me ha ofendido infinitamente. — Tened la bondad de apaciguaros: ¡ hé aqui los hombres! desean que se les sirva en todo, y ellos no quieren corresponder en nada: ¡ siempre he tropezado con ingratos! — No aumentaré yo su número; el cielo os guarde y os dé mas conocimiento.

Ricardo salió precipitadamente; Dormont se levantó como para detenerle; pero al mismo tiempo llegó su mujer, y le obligó á contenerse: entre tanto Ricardo corria como si alguno le persiguiera; y cuando se vió en el campo, exclamó dolorosamente: ¡ Ah, mucho temo que mi encargo sea mas penoso que el de mis hermanos!

Mientras gime sobre lo mucho que se ha equivocado con Dormont, vámonos tras de Huberto, que va buscando un desgraciado, cuyos males sean efecto de la suerte.

Aquí Palemon dejó la lectura para el dia siguiente. Habia advertido la impresion que hacia en sus hijos, y celebraba interiormente lo dispuestos que se hallaban á la moral y á la sana filosofía.